

SOBRE LA MENTE HEROICA (1732)

G. Vico

*Muévense los jóvenes por la gloria,
los hombres por el poder y los
ancianos por la utilidad.
(De la Doctrina de las costumbres)*

Se propone la razón heroica del estudio. -El héroe de los poetas -El héroe de los filósofos -La gloria como el blanco de los héroes -El héroe letrado cristiano -La piedad, fundamento de la sabiduría heroica -Excelencia de los oyentes -... y de los profesores -Magnánimos deberes de los oyentes -...y de los profesores -Se sopesa la voz "universidad de los estudios" a fin de circundar, para los oyentes, el entero orbe de las ciencias -Se sopesa la voz "gimnasio público" para poner fin a los vicios de los letrados -De entre todos el mejor método de estudio en las Universidades -Necesidad de alcanzar una sabiduría íntegra -Los fines humanos de los estudios -Los fines heroicos de los estudios -Sublime selección de los escritores -Sublime método de los comentarios -Audición y lecturas sublimes -Sublime lucubración -Necesidad de perfeccionar la razón humana universal -Sublime selección de las doctrinas -Continua crítica de los libros -Exhortación a la invención de cosas nuevas, óptimas y máximas -Ingentes utilidades en vida de este método de estudio;... seguridad de un eterno fruto tras la muerte.

Tras haber permanecido en silencio en esta real Academia, adolescentes de mi mejor esperanza, durante un período de tiempo asaz dilatado, la utilísima tradición de inaugurar anualmente el curso, en forma reglada y ordenada, con un solemne discurso pronunciado ante vosotros, y siendo así que le plugo al recientemente nombrado ilustrísimo prefecto, aquí presente, hombre doctísimo en todo género de disciplinas y entregado como el que más a acrecentar vuestro bagaje científico, que ésta se reanudase, como algo de suma importancia, según la costumbre, fijando para ello de nuevo esta misma fecha, me cabe, pues, a mí, que en los últimos treinta y tres años vengo desempeñando, ininterrumpidamente, las funciones de catedrático de elocuencia y en severas meditaciones literarias me he llegado casi a consumir, el honor de traer a colación ante vosotros algún argumento absolutamente nuevo, no juvenilmente adornado con los artificios de las sentencias ni con figuras de dicción, sino, en el mayor grado posible, grave por el peso de sus propios contenidos y henchido de ubérris-

mo fruto para vosotros. Y como quiera que éste, por su naturaleza, se encuentra colmado de grandeza, esplendor y sublimidad, en su exposición

*...haré las veces de muela
que, incapaz de cortar,
da filo al hierro,*

y puesto que vosotros, excitados por tan grandes promesas, en un tema en que anda en juego vuestro propio interés, estáis ya dispuestos a prestarme oídos, con atención y benignidad, os lo proporcionaré desde el comienzo mismo de este discurso.

Debéis aplicaros a los estudios científicos, nobles adolescentes, no en verdad por unos fines en los que fácilmente seríais vencidos por el vil y sórdido vulgo, como el de obtener riquezas; ni en los que seríais, con mucho, superados por militares y cortesanos, como por honores y poder; ni tan siquiera por los que se mueven los filósofos, el ansia, ciertamente, de la propia sabiduría, cautivos del cual pasan, en su inmensa mayoría, toda su vida en apartado retiro, para disfrutar ociosos de su tranquilidad de espíritu. De vosotros se debe esperar algo de mayor prestancia. -¿Pero de qué se trata?- preguntará sorprendido alguno de vosotros: - ¿Pretendes de nosotros algo que está por encima de nuestra condición humana?- Con eso mismo cuento, pero por encima en tal sentido que sea, no obstante, acorde con vuestra naturaleza.

De vosotros, digo, se debe esperar que os afanéis en los estudios literarios, para desplegar vuestra mente heroica y poner la sabiduría al servicio de la felicidad del género humano: con tal determinación, no sólo afluirán a vosotros, aun desdeñándolos, riquezas y caudales, sino que incluso, a pesar de no cuidaros nada de ellos, cargos y poder os rondarán. Y, en efecto, no sin una selección y ponderación de los vocablos he dicho que, con los estudios de las letras, despleguéis vuestra mente heroica. Pues, si bien fueron denominados o imaginados por los poetas como héroes quienes se jactaban de una divina *...estirpe procedente del sumo Júpiter*, con toda seguridad, sin toda esa ficción de las fábulas, tiene la mente humana un origen divino, faltándole tan sólo el ser desplegada por la doctrina y la erudición. ¡Ved en qué medida pretendo de vosotros algo por encima de la condición humana, que de vosotros pido que con frecuencia se ejerza la casi divina naturaleza de vuestras mentes!

En efecto, para los filósofos el héroe se define como “quien ansía lo sublime”. Ahora bien, para ellos mismos lo sublime es lo siguiente, ambas cosas óptimas y máximas: sobre la naturaleza, Dios; y en la naturaleza esta integridad de portentos, en la que nada hay más grande que el género humano, ni nada, por ende, mejor que la felicidad del género humano, la única a la que sólo los héroes atienden con exclusividad, quiénes ampliamente divulgada la fama de sus méritos para con el género humano, fama mediante la cual, con voz resonante a través de pueblos y naciones, Cicerón describe elegantemente la gloria, engendran la inmortalidad de su nombré. Así pues, en primer lugar debéis encaminar vuestros estudios a Dios Optimo Máximo; luego, a mayor gloria de Dios, que nos prescribe amar al universo género humano, a la felicidad de éste. Y tras haber sido así expuestas las tesis, ¡vamos, pues!, adolescentes nacidos para lo mejor y más grande, y con mente heroica encaminada a esta Universidad de los estudios vuestros ánimos plenos de Dios, y por tanto puros y limpios de pasiones terrenas y probaréis con vuestro ingente progreso aquella divina verdad: “es el temor a Dios el inicio de la sabiduría”.

Pues la mente, que se deleita con los asuntos divinos, infinitos y eternos por su propia naturaleza, no puede no ir en pos de lo sublime, no intentar lo grande, y no llevar a cabo lo egregio, por lo cual en absoluto es temeraria la siguiente convicción: que los hombres insignes por su piedad, cuando se aplicaron a las letras, no sin una cierta ayuda divina, como el cardenal Baronio y muchísimos otros, lucubraron obras dignas de admiración, bien por su magnitud, bien por su ingenio y doctrina. Mientras, pues, desde ahí, desde el umbral primero, saludáis a la sabiduría, contemplad de modo magnánimo lo que os ha sido expuesto aquí, ante vuestros ojos.

Estos gravísimos hombres que, distinguidos con preclaras insignias se sientan aquí, a mi derecha, constituyen la instrucción pública que el augusto emperador Carlos VI de Austria, rey de las Españas, tiene aquí dispuesta a ilustraros: para, así como se ha dotado de los generales más aguerridos por su valor en el campo de batalla y en la línea de combate, para tutela del sacro imperio romano y de sus reinos, procurárseles también pares por su sabiduría, de entre vosotros, en este recogido lugar, para el bienestar de los mismos: a ellos invita, tanto con los múltiples privilegios legales otorgados en honor a vosotros, como con los preclaros honores conferidos a esta milicia palatina, muy principalmente en razón vuestra, ¡oh juventud estudiosa de las letras!, ¡oh segunda esperanza del Estado!, ¡oh segunda prioritaria preocupación del supremo emperador! Quien, asistiéndole, gobierna felizmente este reino como virrey con sumo mérito y sabiduría, el excelentísimo conde Luis Tomás de Harrach, abriga en su corazón esta Universidad de los estudios, con tanta empeño y con tanto celo la favorece, que -lo que antes acontecía en un siglo- en el espacio de tres años ha recomendado al emperador a cinco profesores de este claustro, a quienes nombró obispos de designación real. Pues bien, reflexionad reiteradamente acerca de cuán grande sea en estos mismos la magnitud de su doctrina: cada uno de éstos guarda en su mente a los principales escritores de todas las épocas y de todos los pueblos doctos, en cualesquiera ciencias, según la naturaleza del magisterio de cada uno, para tenérselos no ya prontos y dispuestos siempre a mano, sino, cuando les parezca oportuno y necesario, por ellos mismos además explicados, corregidos y aumentados: para tal magisterio cada uno de ellos concursó llevando a cabo, en la premura de un tiempo brevísimo, las pruebas, dificultosas por demás, de unas solemnes lecciones previas, valorados por las cuales, fueron elegidos para este claustro de profesores. Y, de lo siguiente, deducid con qué honor y cuán gran veneración debéis seguirlos; el hecho de que, a su izquierda, se sienten tantos ilustrísimos magistrados, con la dignidad de este lugar convienen en reconocer que registran en el haber de esta instrucción pública su sabiduría, por la que han alcanzado en el Estado los más altos cargos. Por tales argumentos, colmados de dignidad, despertad sobremanera vuestro ánimo y mostrad la hermosísima señal de magnanimidad, de dóciles, obedientes y agradecidos, ser reprendidos, enseñados corregidos por estos doctísimos profesores, porque ellos querrían hacer de vuestra condición la más honorable de esta ciudad, la más espléndida no sólo de Italia, sino casi de Europa entera; y ahora, por mor de la patria, aquí se os ofrecen para instruiros en todas las disciplinas, tanto cíclicas como acroamáticas, que en cualquier parte se cultivan. Pues esto es lo que la expresión "Universidad de los estudios" promete.

Y ciertamente, sin duda, debéis aprender a fondo de tales doctores todas las ciencias. Pues es, en efecto, manca y débil la formación científica de quienes se apoyan con todo su peso en una sola, determinada y peculiar disciplina. Porque las ciencias son de la misma

naturaleza que las virtudes: de las que Sócrates, quien contaba entre sus máximas que las mismas virtudes no son otra cosa que ciencias, negaba absolutamente que en lugar alguno existiese una sola verdadera, salvo que en ella misma concurriesen todas las demás. ¿Qué? ¿Fruncís la frente? ¿Quizás con estas palabras he disuadido a vuestra inteligencia? Injuriais sin duda el origen divino de vuestras mentes. No hagáis los indolentes votos de que, mientras dormís, en el seno os caiga desde el cielo la sabiduría, y conmoveos más bien por un activo anhelo de ella, llevad a cabo, con esfuerzo ímprobo e invicto, vuestras propias pruebas, en la medida en que podáis; intentadlo cuanto os sea posible; dirigid con versatilidad vuestras fuerzas a todas partes; sacudid vuestras mentes e inflamaos de Dios, del que estáis colmados: y con tal determinación, y ante vuestra propia admiración, alumbraréis, lo que a los poetas les acontece de forma natural, los divinos milagros de vuestros ingenios. Esto que estoy disertando lo confirman con vigor y precisión los italianos letrados, con aquella palabra, presta y muy a propósito para el asunto que nos ocupa, con la que llaman *sapientia* a cualquier Universidad de los estudios.

Para Platón la sabiduría se define como purificadora, sanadora y consumadora del hombre interior. Ahora bien, el hombre interior es mente y espíritu; ambas partes, por el pecado original, corruptísimas: la mente, hecha para la verdad, abrasándose por las falsas opiniones y los errores; el espíritu, nacido para la virtud, atormentado por las depravadas pasiones y los vicios. Por tanto, es tal el propósito de esta instrucción pública, propósito al que debéis tender vuestros aguzados ojos: que habéis confluído aquí, enfermos de mente y espíritu, para curación, salud y perfección de vuestra mejor naturaleza. Y que ningún necio bufón se burle de lo que digo. Pues de lo que digo invoco la autoridad de todos los eruditos, con aquel vocablo, sabiamente transferido de los cuerpos a los espíritus, con el que denominan “gimnasios públicos” a las Universidades de los estudios; porque, siéndoles desconocidos a los antiguos los hospitales, así con el ejercicio gimnástico, que se practicaba en las termas, se reparan, afirman e incrementan las fuerzas de los cuerpos, del mismo modo ocurre en las Universidades de los estudios con las de los espíritus. Si reflexionáis sobre esto, percibiréis este ingente provecho de vuestros estudios: que os entreguéis con ahínco a las letras, por medio de las cuales queréis, no parecer, sino ser doctos; que por la sabiduría deseéis ser curados, sanados, perfeccionados. Pues, respecto de todos los demás bienes, sea de la naturaleza sea de la fortuna, a los hombres les basta con la apariencia: únicamente en lo que toca a la salud todos desean estar verdaderamente sanos.

Una vez que os habéis propuesto este fin, que es el más propio de la sabiduría, necesariamente deben desaparecer ya de vuestros ánimos aquellos otros muy inferiores, a saber, riqueza y honores; y, aún acrecentados en recursos y colmados de honores, no desistiréis de tornaros más y más doctos. Todo fraude estará ausente de vuestras mentes, toda vanidad e impostura, ya que no deseáis parecer, sino que anheláis ser doctísimos. Y no os afectará el sentimiento de envidia alguna hacia los demás, ni os sobrecogerá tampoco la de los demás hacia vosotros, envidia en la que se abrasan, y por la que se ven heridos quienes sienten avidez de riquezas y los que ambicionan honores; y la que entre ellos es envidia, se tornará entre vosotros en generosa emulación. Y puesto que este bien, en tanto que común, está aquende toda envidia, como, por infinito, lo está todo lo divino, deseareis vuestra propia “similitud con la divinidad” de las mentes, así como de los espíritus, lejos de todo contagio corpóreo.

Pues es así que quienes se contentan con un corto bagaje científico acusan no sólo de inepto, sino incluso también de perverso, a este sistema de enseñanza en las Universidades, en que no ya cada uno enseña una cosa distinta (o bien, aun tratándose de la misma, con diverso argumento, sin embargo, y diferente método), sino, con frecuencia, hasta contraria. Incómodo es, sin duda, tal sistema, lo confesamos sin empacho, y sería, pues, de desear un método óptimo, perpetuamente uniforme. Pero cuando tal sistema, por la propia naturaleza de las cosas, se nos niega en absoluto, debido a estas tres hermosísimas necesidades: nuevos inventos, descubrimiento de nuevas verdades y nuevas preocupaciones más acuciantes, éste, que por éstos es acusado, se convierte en el mejor sistema de enseñanza, y, a su vez, por estas tres no desdeñables utilidades que reporta: en primer lugar, que ninguno de vosotros se vea obligado, bajo juramento, a guardar fidelidad a las palabras de maestro alguno, como sucede las más de las veces en las disciplinas de los escolásticos; en segundo lugar, que no se vea arrastrado por ninguna moda literaria, como ocurre en los gimnasios privados, cuyos laxos estudios igual conocen el orto que el ocaso, y repentinamente llegan a adultos y repentinamente envejecen; muy al contrario, las actividades literarias, de las que resultan obras inmortales, son dignas de ser ubicadas en la eternidad.

Finalmente -lo que más de cerca toca a nuestro argumento-, que profundicéis en el conocimiento de qué bien acomodan unas disciplinas a las otras, pues cada una de ellas contiene en sí algún bien, y qué confieren todas ellas a la propia suma de la completa sabiduría, a abrazar con presteza la cual, generosos adolescentes, os invito y exhorto con seriedad y celo.

Así pues, muy principalmente por esta causa, prestad atención a todos los doctores de las disciplinas, con aquel propósito, no obstante, que hemos mencionado como propio de la sabiduría: que sus doctrinas cuiden, sanen y perfeccionen todas las facultades de vuestras mentes y espíritus. Y la metafísica libere vuestro intelecto de la cárcel de los sentidos, la lógica la razón de las falsas opiniones, la ética la voluntad de las depravadas pasiones. La retórica, para que ni la lengua traicione o haga desertión de la mente, ni la mente de su causa. La poética, para atemperar la desenfrenada fogosidad de la fantasía. La geometría, que contenga los errores de la inteligencia. La física, en verdad, que os saque del estupor en que os mantiene inmovilizados la naturaleza con sus milagros.

Y, con todo, no son éstos los más amplios confines de los bienes, en los que la sabiduría se siente dichosa. Proponéos y esperad otros mucho más espléndidos. Trabad conversación con los más preclaros pueblos de la historia universal con los estudios de las lenguas que nuestra religión cristiana cultiva como propias: la más antigua con los hebreos, la más elegante de todas con los griegos y la más colmada de majestuosidad con los latinos. Y siendo las lenguas casi los vehículos naturales de las costumbres, con las orientales, que son necesarias para la aprehensión de la lengua sagrada, como, ante todas, la caldea, los asirios os imbuirán de su magnificencia en la más grande ciudad, Babilonia, los griegos de la elegancia de la vida ática en Atenas, los latinos de su altura de miras en Roma. Asistid, con la lección de la historia, a los más grandes imperios del orbe terrestre, que alguna vez florecieron, y para dar firmeza a vuestra prudencia civil mediante ejemplos, sopesad los orígenes, crecimiento, consolidación, decadencia y muerte de los pueblos y gentes, y el hecho de que la calamitosa fortuna gobierna con soberbia los asuntos humanos y el de que, sobre la fortuna, la sabiduría obtiene un reino firme y estable. Más aún, por Hércules, la de los poe-

tas con su inefable placer, en tanto que muy propio del hombre, que por su propia naturaleza se ve conducido a lo uniforme; observad gráficamente descritos los caracteres de los personajes en todo género de vida, sea moral, sea familiar o sea civil, para obtener una mejor idea y, por ello mismo, más verdadera; comparados con tales caracteres, los hombres de naturaleza vulgar, puesto que en su vida no se mantienen constantes, al no mantenerse, ellos mismos parecen más bien ser falsos; y, de esta forma, contemplad con mente en cierta medida divina, la naturaleza humana en las fábulas de los más conspicuos poetas, hermosísima incluso en medio de su propia fealdad, porque siempre conviene consigo, es siempre semejante a sí misma, armónica en todas sus partes: cómo Dios Optimo Máximo observa como cosas buenas y hermosas, en el eterno orden de la divina providencia, hasta a los monstruos errantes y las pestes malignas de la naturaleza entera. Tras los poetas más prestantes, empapados de enorme placer, así como arrebatados por tan grande admiración, leed a los sublimes oradores, que, con admirable arte acomodado a la naturaleza humana, impulsan a querer cosas absolutamente contrarias a unos ánimos obstinados, tanto como se quiera, por las pasiones que desde el cuerpo se promueven: lo que, por demás, sólo cumple Dios Optimo Máximo, mas por sus divinas vías, inmensamente opuestas, de las ayudas victoriosas, por las que arrastra hacia sí con placer celestial las mentes de los hombres, inmovilizados cuanto se quiera por las pasiones terrestres.

Súmense a éstas, humanas, aquellas otras cosas, sublimes, de la naturaleza. Circundad con la geografía, guía de un magno itinerario, la Tierra y el océano juntamente con el Sol. Recorred con las observaciones astronómicas las órbitas planetarias, y explorad las ciegas y sinuosas trayectorias de los cometas. Que la cosmografía os sitúe junto a las *...flameantes murallas del mundo*.

Y, finalmente, os transporte la metafísica, rebasando a la naturaleza, a los felicísimos e ilimitados campos de la eternidad, donde, entre las divinas ideas, y en la medida en que le está permitido a una mente finita, ved las innúmeras formas creadas hasta hoy, y las que pueden ser creadas sucesivamente, si el mundo fuese, que no lo es en verdad, eterno.

Haced así que os sean permeables todos los tres mundos: el de los humanos, el de las cosas naturales y el de las eternas, y con tal doctrina y erudición celebrad la casi divina naturaleza de vuestras mentes. Pues estas sublimes meditaciones invitan por cierto a esperar que tendrá lugar el que os forméis tan altos y elevados ánimos que desdeñéis todos los placeres sensuales, todas las riquezas y recursos, todos los honores y el poder como cosas que están situadas a la mayor profundidad, muy por debajo de vosotros.

Y ya, respecto a la elección de los escritores que debáis atender para adquirir con su lectura una completa sabiduría, ya han proveído suficientemente de ello para vosotros los sabios organizadores de esta Real Academia en sus programas, de acuerdo con aquella admonición de Quintiliano: *en las disciplinas deben ser elegidos los mejores*: como, respecto de la teología, el divino código de ambos Testamentos, que la Iglesia católica interpreta en la forma debida y correcta, y su perpetua tradición, que se remonta a los tiempos de los apóstoles, custodia con vigor y fidelidad en los sólidos monumentos de la historia de la Iglesia; de la jurisprudencia el *Corpus iuris* de Justiniano, fecundísimo testigo de las antigüedades romanas, muy sazónada despensa de las elegancias de la lengua latina y erario inviolable de las leyes humanas; de la medicina, en primer lugar Hipócrates, que mereció el elogio inmortal: *No engaña a nadie ni jamás fue engañado por nadie*; de la filosofía entera

a Aristóteles y otros filósofos de prestante fama, cuando él nos falte; de las restantes disciplinas, otros autores del mismo principalísimo rango.

A leer en lo sucesivo a tales principales escritores, dignos de todo recuerdo, os remiten estos doctísimos profesores con sus comentarios, como señalándolos con el dedo, instruidos en las razones por las que sobresalieron como los mejores, cada uno en su doctrina. Este género de comentarios no sólo os inducirá a que, desde la cuna de vuestros estudios, manejeis siempre, de día y de noche, a los mejores; sino que, con la investigación de las causas por las que sobresalieron como los mejores, os incitará además a que os forjéis una más perfecta idea, comparados con la cual, los más principales de las diversas doctrinas se tornen, de modelos ideales, en tan sólo ejemplos, de modo que, sobre sus arquetipos, podáis emularlos e incluso superarlos también: de este modo, y no ciertamente de otro, las ciencias y artes son corregidas, aumentadas y perfeccionadas. Y no son, pues, dignos del perdón quienes malgastan toda su vida literaria con la lectura de escritores mediocres, por no decir de ínfima calidad, y a quienes esta institución pública, evidentemente, no ha recomendado en sus programas académicos.

De otro lado, durante todo el tiempo de vuestro aprendizaje no os dediquéis a ninguna otra cosa más que a confrontar lo que hayáis aprendido: que todas y cada una de ellas son congruentes entre sí y todas se armonizan en cualquiera de las ciencias. A hacerlo os inducirá la propia naturaleza de la mente humana, que se deleita en sumo grado con lo uniforme, lo conveniente, lo adecuado, del modo en que los latinos parecen decir, con sabio vocablo, *scientia*, de un mismo origen de donde procede *scitus*, que significa lo mismo que “hermoso”. Pues, siendo la belleza la justa simetría de los miembros entre sí y de todos ellos en un conspicuo cuerpo, la ciencia no debe ser considerada otra cosa que la belleza de la mente humana, de la cual los hombres, una vez cautivos, ni siquiera advierten las formas de los cuerpos, incluso las más hermosas. ¡Tan lejos está de dejarse conmovir por ellas!

Sentado, pues, el hábito de comparar, os dotaréis de la facultad de comparar también entre sí las propias ciencias, que, como celestes miembros, componen, por así decir, el divino cuerpo de la entera sabiduría. Y, siendo para Pitágoras la razón humana esta mismísima confrontación de las cosas espirituales, que ora despliega, ora vela con ejemplos numéricos, de este modo completaréis la razón humana universal, a manera de una purísima y blanquísima luz que, doquiera que volváis los ojos de la mente, allí dirige sus rayos, de modo que podáis observar, en todos y cada uno de vuestros pensamientos, que todo lo que llaman “escible” y todas sus partes confluyen, se corresponden y concuerdan, de la más bella forma posible, como en un punto determinado. Lo cual es precisamente el más absoluto modelo del completo sabio.

Pues bien, respecto a qué disciplina mayormente debáis aplicaros por encima de las demás (pues, para ser útiles al Estado debéis profesar en él una determinada), vuestro propio genio os lo enseñará, por el placer que sentiréis en aprenderla antes que las demás. Pues de tal criterio se sirve la naturaleza (el tutor que, a tal respecto, os ha sido dado por la Divinidad), para que sepáis en qué lugar vuestra Minerva se encuentra por propia voluntad y de buen grado. Con todo y siendo este consejo el más seguro por naturaleza, no me parece a mí, que os exhorto a lo mejor y más grande, que sea el más espléndido. Pues con frecuencia se encuentran tan recónditas y adormecidas en el hombre las facultades de las mejores y más grandes cosas que apenas, y ni siquiera apenas, son advertidas por su propio

dueño. Cimón el ateniense (se trata de una divulgadísima historia), hombre en verdad torpe, moría de ardiente amor por una jovencuela; y diciéndole ésta en broma, como cosa que por naturaleza le era negada, que ella lo amaría si llegaba a ser centurión, el hombre se alistó en la milicia y resultó ser un brillantísimo jefe. Sócrates había nacido con un carácter intensamente proclive a los improperios; pero, convertido al estudio de la sabiduría por un cierto impulso divino, se ha dicho de él que fue el primero en invocar del cielo a la filosofía, y fue llamado “padre de todos los filósofos”.

Comparemos con éstos de los antiguos los ejemplos recientes de hombres ilustres, que sólo por la sabiduría ajena han llegado a experimentar sus propias facultades, para ellos mismos ignotas. El cardenal Julio Mazarino había mostrado de sí su labor forense, se nos había presentado como soldado raso y cortesano de peculiar fortuna: mas, por diversas ocasiones surgidas en cadena de tratar asuntos de Estado, y que le fueron ofrecidas, aun tratándose de un inexperto, por ilustrísimos varones, llegó a ser un sapientísimo hombre político, que junto a Luis XIV, rey de Francia, partícipe de sus secretos, murió tras un diuturno poder, ejemplo rarísimo de gran fortuna. Francesco Guicciardini profesaba la jurisprudencia en el foro romano: mas, impuesto como prefecto a múltiples ciudades de soberanía pontificia por los sumos pontífices de su tiempo, a disgusto en incluso contra su voluntad, tras haber tratado con los franceses, con ocasión de la guerra con Francia con la que Carlos VIII había sacudido toda Italia, múltiples asuntos nacidos de la guerra, por mandato de los sumos pontífices, se animó, por esta causa, a escribir las cosas de la Italia de su tiempo, y sobresalió fácilmente como el historiador más principal de todos en lengua italiana. Por ello, a donde quiera que miréis con los ojos de la mente, a donde quiera que volváis vuestro ingenio, escrutad vuestras ocultas y recónditas facultades, para que podáis reconocer vuestro genio ignoto, de una naturaleza tal vez más espléndida.

Así, tras circundar el universo orbe de las ciencias, profesad aquella que habéis elegido con preferencia a las demás con ánimo más elevado aún de lo que lo hacen los propios hombres doctos. No sólo (abarcaré con unos pocos ejemplos todo el género) la medicina para curar bien las enfermedades, la jurisprudencia para responder sabiamente en derecho, la teología para observar la recta doctrina de los asuntos divinos; sino que con la magnanimidad y el sublime arte con que precedieron la audición de las lecciones y la propia lectura, con ese mismo ánimo y ese mismo arte es necesario que a continuación venga vuestra lucubración. Pues tal continuada familiaridad, de egregia naturaleza, con los principales escritores, afirmada, ya al oír, ya al leer, os llevará espontáneamente a aceptarlos, presentes siempre, como jueces vuestros al lucubrar; y a preguntaros reiteradamente a vosotros mismos lo siguiente, si sois médicos (insistiré en los ejemplos propuestos): -¿Qué pensaría, si esto, que medito y escribo, lo oyese el propio Hipócrates?; -si jurisconsultos, esto otro: ¿Qué si lo oyese Cujás? -si teólogos: ¿Qué, si esto oyese Melchor Cano? Pues quien se ha propuesto como censores a unos escritores que han soportado la diuturnidad de los tiempos, no puede lucubrar obras que la futura posteridad no admire. Con tales grandes pasos, con los que marcháis en el camino de la sabiduría, os será fácil avanzar más allá, de modo que ninguno de vosotros pueda decir: *Recorro los impracticables caminos de las Musas*, y, o llevéis a cabo cosas arduas intentadas en vano por otros hombres ilustrísimos por su ingenio y doctrina, o emprendáis cosas no intentadas hasta hoy. Vosotros: si médicos (despacharé el asunto con los ejemplos propuestos), tras comparar los historiales y observaciones médicas

de todas partes, formulad vuestros aforismos, gloria ésta que desde hace más de dos mil años hasta hoy viene manteniéndose sólo en poder de Hipócrates; si jurisconsultos, con las definiciones de los *nomina iuris*, ciencia por la que Emilio Papiniano fue considerado el mejor jurisconsulto, y Jacques Cujás, incluso en un siglo de lo más floreciente en eruditos intérpretes del derecho, se elevaba por encima de todos, abarcad en corolarios toda la jurisprudencia (obra muy conspicua ésta que Antonio Favre, grande así por la edad como por su sabiduría jurídica, acometió en su *Jurisprudentia papiniananea*; mas, bien por hacerlo desistir la dificultad del avance, o bien por haberse anticipado la muerte, no le dio fin); si teólogos, fundad un sistema de filosofía moral basado en los principios de la doctrina cristiana (lo que el cardenal Sforza Pallavicino, con magnánima osadía, intentó; sobre este mismo asunto Pascal editó pensamientos sin duda sapientísimos, mas dispersos; Malebranche fracasó en este mismo intento). Leed el áureo *De augmentis scientiarum* del gran Bacon, un libro, si exceptuáis algunas cosas, digno siempre de admirar y de ser tenido ante los ojos; y considerad cuánto del mundo de las ciencias queda aún por corregir, suplir y desvelar.

Y que no os aceche, desprevenidos, el tópico, ya envidioso, ya perezoso, de que en este felicísimo siglo, lo que en el campo científico podía alguna vez ser llevado a cabo, ya ha sido todo ello resuelto, consumado y perfeccionado, de modo que en él nada más queda por desear. Se trata de un falso tópico, que es divulgado por letrados pusilánimes.

Ciertamente, el mundo es joven aún. Pues en no más de setecientos años, a través de cuatrocientos de los cuales, sin embargo, transitó la barbarie, ¿cuántas cosas nuevas fueron inventadas?, ¿cuántas nuevas artes y cuántas nuevas ciencias fueron descubiertas? La brújula, la nave dotada sólo de velas, el telescopio, el termómetro de Torricelli, la máquina neumática de Boyle, la circulación de la sangre, el microscopio, el alambique, los números arábigos, los géneros sin forma de las magnitudes, la pólvora, el cañón, la cúpula de los templos, la imprenta, el papel de lino, el reloj: cosas, una por una, óptimas y muy grandes, y todas ellas enteramente desconocidas para los antiguos. De donde surgieron un nuevo arte naval y náutico (con lo que se descubrió un nuevo mundo, y es de admirar ¡cuánto se acrecentó la geografía!), nuevas observaciones astronómicas, nuevas medidas del tiempo, nuevos sistemas cosmológicos, nuevos de la mecánica, nuevos de la física, nuevos de la medicina, una nueva anatomía y una nueva farmacopea (tan deseada por Galeno), un nuevo método geométrico (y la aritmética se hizo mucho más expedita), un nuevo arte bélico, una nueva arquitectura, los libros tan al alcance que se desprecian, tanta abundancia que hasta. ¿Cómo la naturaleza del ingenio humano ha llegado tan repentinamente a agotarse hasta tal punto que hay que desesperar de descubrir otras cosas igualmente egregias?

No perdáis el ánimo, generosos oyentes: restan aún cosas innumerables, y tal vez mayores y mejores que éstas que hemos enumerado. Pues en el magno seno de la naturaleza, en el magno emporio de las artes, se encuentran aún disponibles ingentes bienes provechosos para el género humano, que hasta ahora yacen inadvertidos, porque hasta ahora no les presta atención una mente heroica. Alejandro Magno, tras llegar a Egipto, vio con su agudeza visual única el istmo que divide el Mar Rojo del Mediterráneo, y por donde el Nilo desemboca en el Mediterráneo, y Africa y Asia se abrazan, y lo reputó digno de fundar una ciudad con su nombre, Alejandría, que muy pronto fue celebradísima por los comercios de Africa, Asia y Europa, de todo el Mar Mediterráneo y del Océano y las Indias. El sublime Galileo observó a Venus con forma de cuerno, y desveló cosas admirables sobre el sistema

cosmológico. Observó el gran Descartes el movimiento de una piedra lanzada por una honda y meditó un nuevo sistema físico. Cristóbal Colón se sintió en el rostro el soplo de un viento procedente del Océano Atlántico y, con aquel argumento de Aristóteles -el de que los vientos se engendran en la tierra-, conjeturó que allende el Océano existían otras tierras, y descubrió un nuevo mundo. El gran Hugo Grocio puso toda su atención en aquella frase de Livio: *Existen ciertos derechos de la paz y de la guerra*, y editó aquellos admirables libros *De iure belli et pacis*, de los que, si excluyes algunas cosas, con todo merecimiento podrías decir que son incomparables.

Por tales ilustres argumentos, por tales poderosísimos ejemplos, adolescentes nacidos para lo mejor y lo más grande, aplicaos con mente heroica, y por ende con magnanimidad, a los estudios científicos; cultivad la entera sabiduría; perfeccionad la razón humana universal; celebrad la naturaleza casi divina de vuestras mentes; enardeceos de Dios, del que estáis colmados; con sublime espíritu atended las lecciones, leed, lucubrad; afrontad tareas hercúleas, tras soportar las cuales podréis probar con todo derecho que vuestro linaje divino se remonta al verdadero Júpiter Optimo Máximo; y así os reclamaréis héroes, porque vais a enriquecer con otros ingentes beneficios al género humano. A estos principalísimos méritos para con la entera sociedad humana les seguirán con facilidad riquezas, recursos, honores y poder en este vuestro país. Si estas cosas, sin embargo, llegaran a cesar, no os quedaréis aguardando, y, al igual que Séneca, os resignaréis ante la necia y loca fortuna con ecuanimidad, esto es, las recibiréis con un ánimo no exaltado si sobrevinieran, ni abatido si os abandonaran; y os sentiréis con el divino e inmortal beneficio de que Dios Optimo Máximo, que, como dijimos al principio, nos prescribe amar al entero género humano, haya elegido a algunos, los más señalados, de entre vosotros, para desplegar, a través de ellos, su gloria en las tierras.

[Trad. del latín por Francisco J. Navarro Gómez]

* * *